



CAPÍTULO XXIV

El movimiento comunista

EN los cuadernos de 1789, como ha observado Chassin, se hallan ideas que hoy se clasificarían como socialistas. Rousseau, Helvecio, Mably, Diderot, etc., habían presentado ya las desigualdades de fortuna y la acumulación de lo superfluo en manos de algunos, como el gran obstáculo al establecimiento de la libertad democrática. Esas ideas se hallaron formuladas en los primeros momentos de la Revolución.

Turgot, Sieyes y Condorcet vinieron a afirmar que la igualdad de los derechos políticos no daría aún nada *sin la igualdad de hecho*. Condorcet decía: «La igualdad representa la finalidad del arte social, puesto que la desigualdad de las riquezas, la desigualdad de estado y la desigualdad de instrucción son la causa principal de todos los

males (1).» Y las mismas ideas repercutieron en varios cuadernos de los electores, que pedían, sea el derecho de todos a la posesión del suelo, sea «la igualación de las fortunas».

Hasta puede decirse que el proletariado parisiense planteó entonces sus reivindicaciones y halló hombres que supieron expresarlas bien. La idea de clases distintas con intereses opuestos se halla claramente expresada en el *Cuaderno de los pobres* del distrito de Saint-Étienne du Mont, por un tal Lambert, «amigo de los que no tienen nada». Trabajos productivos, salario suficiente (el *living wage* de los socialistas ingleses), la lucha contra el *dejad hacer* de los economistas burgueses, la oposición de la cuestión social a la cuestión política ya se encuentran allí (2).

Después de la toma de las Tullerías, y más aún después de la ejecución del rey, es decir, en febrero y marzo de 1793, comenzó resueltamente la propaganda de esas ideas; y parece, así lo afirma Baudot, que si los girondinos se manifestaron tan ardientes defensores de la propiedad, fué a causa del temor que les inspiró la influencia que tomaba en París la propaganda igualitaria y comunista (3).

Algunos girondinos, especialmente Rabaut Saint-Étienne y Condorcet, sufrieron la influencia de ese movimiento. Condorcet bosquejó en su lecho de muerte un plan de «mutualidad», de seguro entre todos los ciudadanos, contra todo lo que puede hundir al trabajador acomodado en un estado en que se vea obligado a vender su trabajo

(1) Ya Cabet, en su apéndice al *Viaje a Icaria*, edición de 1842, señaló, apoyado en citas de carácter de los pensadores del siglo XVIII. — Para trabajos recientes, véase André Sichtenberger, *Le Socialisme et la Révolution française*. París, 1899.

(2) «No ha habido ni habrá jamás más que dos clases realmente distintas de ciudadanos: los propietarios y los no-propietarios: los primeros dueños de todo, y los segundos sin poseer nada», decía el *Cuaderno de los pobres*. — «¿De qué servirá una Constitución sabia a un pueblo de esqueletos descarnados por el hambre?» pregunta el autor de los *Quatre cris d'un patriote*, (Chassin, *Le génie de la Révolution*, ed. 1863, t. I, págs. 287, 289).

(3) En las *Notes historiques sur la Convention nationale, le Directoire, l'Empire et l'exil des votants*, por M. A. Baudot, publicadas por Mme. Edgar Quinet (París, 1893), se halla una nota muy interesante donde se dice que Ingrand pensaba que el sistema «del bien común» (del comunismo) desarrollado por Buonarroti «se originó poco antes de los acontecimientos del 20 de junio, que esos acontecimientos originaron ese espíritu de asociación» (págs. 10-11). Petion dió aviso de ello a gran número de diputados; «parece — continúa Bau-lot —, que los girondinos pusieron tanta tirantez y acritud en su sistema por temor de que predominara la doctrina de los asociados». Sabido es que después algunos ex-convencionales se adhirieron a esas ideas y entraron en la conspiración de Babeuf.

a vil precio. Rabaut pedía que se despojase a los ricos de sus grandes fortunas, sea por un impuesto progresivo, sea imponiendo por la ley «una derivación natural de lo superfluo del rico» a los establecimientos de utilidad pública. «Las grandes riquezas son un obstáculo opuesto a la libertad», decía, repitiendo una fórmula muy generalmente esparcida a la sazón. Hasta se vió a Brissot dedicado un momento a buscar el justo medio burgués frente a la corriente popular, que poco después atacó con ferocidad (1).

Algunos montañeses fueron más lejos: Billaud-Varenne, en un opúsculo publicado en 1793, habla abiertamente contra la gran propiedad (2). Se irritaba contra esta idea de Voltaire: «el obrero ha de ser aguijoneado por el hambre para que trabaje», y pedía (p. 103) que



HELVECIO

se declarara que ningún ciudadano podría poseer más de una cantidad fija de arpentas de tierra, y que nadie podría heredar más de 20.000 a 25.000 libras. Consideraba que la causa primera de los males sociales consistió en que hay hombres que se hallan «bajo la dependencia directa y no recíproca de otro; porque así se forma el

(1) Para combatir mejor «el reparto de tierras propuesto por anarquistas o *coblencieros* (Robespierre tomó después esta insinuación y la hizo suya), Brissot declaraba, en diciembre de 1792, que la *igualdad de los derechos* de los ciudadanos sería una quimera si las leyes no destruyeran y no previnieran la demasiado grande *desigualdad de hecho* entre los ciudadanos. Pero esas instituciones favorables a la *igualdad* — añadía Brissot —, deben ser introducidas sin conmoción, sin violencia, sin faltar al respeto al primero de los derechos sociales, la propiedad».

(2) Hablando de la propiedad, la presentaba bajo esta forma interesante. «La propiedad, — decía —, es el eje de las asociaciones civiles. Sabido es que en un gran imperio sobre todo, la balanza de las fortunas no puede ser justa e inmóvil, y que el impulso de un comercio inmenso, alimentado por una vasta industria y por los ricos productos de la agricultura, la conservan en una oscilación continua; pero la balanza jamás debe gravitar con excesivo movimiento. (*Les éléments de republicanisme*, París, 1793, p. 57. Folletos del British Museum, vol. F. 1097.)

primer eslabón de la cadena de la esclavitud». Se burlaba de las pequeñas propiedades fragmentarias que se quería dar a los pobres «cuya existencia siempre sería precaria y miserable, puesto que se presta a la arbitrariedad». Oyese un grito, decía después (p. 129): «¡Guerra a los palacios, paz a las cabañas! Agreguemos la consagración de esta regla fundamental: *Ningún ciudadano dispensado de ejercer una profesión; ningún ciudadano imposibilitado de ejercer un oficio.*»

La idea de Billaud-Varenne sobre la herencia fué recogida, como es sabido, por la Asociación Internacional de los Trabajadores en su Congreso de Basilea, en 1869; pero ha de tenerse en cuenta que entre los montañeses Villaud-Varenne era uno de los más avanzados.

Otros, como por ejemplo Le Peletier, se limitaban a pedir lo que La Internacional pidió bajo el nombre de «instrucción integral», es decir, la enseñanza de un oficio manual a cada adolescente; mientras que otros se limitaban a pedir «la restitución de las propiedades» por la Revolución (Harmand) y la limitación del derecho de propiedad.

Sin embargo, sobre todo fuera de la Convención — en los medios populares, en algunas secciones, como la de Gravilliers y en el club de los Franciscanos y no ciertamente en el de los Jacobinos — es donde han de buscarse los porta-voces de los movimientos comunales y comunistas de 1793 y 1794. Y hasta hubo una tentativa de libre organización entre los que entonces eran llamados los «Rabiosos», es decir, los que tendían a la resolución igualitaria en un sentido social. Después del 10 de agosto de 1792 se constituyó, aparentemente bajo el impulso de los federados llegados a París, una especie de unión entre los delegados de las 48 secciones de París, del Consejo general del municipio y de los «defensores reunidos de los 84 departamentos». Y cuando en febrero de 1793 comenzaron en París los movimientos contra los agiotistas, en que queda hecha mención (capítulo IX de este tomo), los delegados de esta organización se presentaron el 3 de noviembre a la Convención a pedir medidas enérgicas contra el agiotaje. En sus discursos se ve ya en germen la idea que después sirvió de base al mutualismo y al Banco del Pueblo de Prou-

dhon, consistente en que todos los beneficiós que resulten del cambio en los bancos, recaigan en toda la nación, no en particulares, puesto que son producto de *la confianza pública de todos en todos*.

No se conocen todavía bastante esos movimientos confusos que se manifestaban en el pueblo de París y de las grandes ciudades en 1793 y 1794, se las comienza a estudiar; pero lo cierto es que el movimiento comunista, representado por Jacques Roux, Varlet, Dolivet, Chalier, Leclerc, L'Ange (o Lange), Rosa Lacombe, Boissel y algunos más, tuvo una profundidad desconocida en un principio, pero entrevista por Michelet (1).

Claro es que el comunismo de 1793 no se presenta con el conjunto doctrinal que le vemos después en los continuadores franceses de Fourier y Saint-Simon, y sobre todo de Considerant o aun de Vidal. En 1793 no se elaboraban las ideas comunistas en los gabinetes de estudio, sino que surgían de las necesidades del momento, y por lo mismo el problema social se presentó durante la Gran Revolución principalmente en forma de *problema de las subsistencias* y *problema de la tierra*. Pero ahí está también la superioridad del *comunismo* de la Gran Revolución sobre el *socialismo* de 1848 y de sus descendientes. Iba derecho al objeto dirigiéndose a la *repartición* de los productos.

Ese comunismo aparece fragmentario, apoyado por diferentes personas, cada una bajo diversos aspectos, y permanece siendo siempre lo que pudiéramos llamar un comunismo *parcial*, puesto que admite la *posesión individual* al lado de la *propiedad comunal*, y, proclamando el derecho de todos a todos los productos de la producción, reconoce un derecho individual sobre «lo superfluo» al lado del derecho de todos sobre los productos «de primera necesidad». Sin embargo, en él se encuentran ya *los tres aspectos principales* del



BILLAUD VARENNE

(1) Es probable que además de la predicación del comunismo en las secciones y las sociedades populares, hubiese también después del 10 de agosto 1792 tentativas de constitución de sociedades secretas comunistas, que se extendieron en 1794 por Buonarroti y Babeuf, y que después de la Revolución de julio originaron las sociedades secretas de los blanquistas.

comunismo: el comunismo de la *tierra*, el comunismo de la *industria* y el comunismo *del comercio y del crédito*. En este punto, la concepción de 1793 es más amplia que la de 1848; porque si diferentes agitadores de 1793 se fijan con preferencia en uno de esos aspectos del comunismo más que en otro, esos aspectos no se excluyen; al contrario, resultantes de un mismo concepto de igualdad, se completan. Al mismo tiempo, los comunistas de 1793 trataban de poner en práctica sus ideas por la acción de *las fuerzas locales*, sobre el terreno y de hecho, tratando de bosquejar al mismo tiempo la *unión directa* de los 40.000 municipios.

En Sylvain Marechal se halla una vaga aspiración hacia lo que llamamos actualmente el comunismo anarquista; el conjunto expresado con mucha reserva, porque entonces se arriesgaba pagar con la cabeza un lenguaje demasiado franco.

La idea de llegar al comunismo por la conspiración por medio de una sociedad secreta que se apoderase del poder, idea de que Babeuf se hizo el apóstol, no tomó cuerpo hasta 1795, cuando la reacción termidoriana puso término al movimiento progresivo de la Gran Revolución: fué un producto del agotamiento, no un efecto de la savia ascendente de 1789 a 1793.

Hubo ciertamente mucho de declamatorio en lo que decían los comunistas populares; entraba por algo la moda de la época, a la que nuestros oradores modernos pagan también tributo; pero todo lo que se sabe de los comunistas populares de la Gran Revolución tiende a presentarles como intensamente delicados a sus ideas.

Jacques Roux había sido cura. Pobre en extremo, vivía con su perro casi únicamente de sus doscientas libras de renta, en una casa sombría del centro de París (1), y predicaba el comunismo en los barrios obreros. Era muy escuchado en la sección de Gravilliers y ejerció también gran influencia en el club de los Franciscanos, hasta fin de junio de 1793, cuando esa influencia fué destruída por la intervención de Robespierre. En cuanto a Chalier, ya hemos visto el ascendiente que ejercía en Lyon, y se sabe por Michelet que aquel

(1) Jaurés, *La Convention*, p. 1096 (notas de Bernard Lazare).

comunista rústico era un hombre notable, todavía más «amigo del pueblo» que Marat, y adorado por sus discípulos. Después de su muerte, su amigo Leclerc fué a París y allí continuó la propaganda comunista con Roux y Varlet — joven obrero parisiense —, y Rosa Lacombe, portavoz de las mujeres revolucionarias. De Varlet sólo se sabe que era popular entre los pobres de París; su folleto *Declaración solemne de los derechos del hombre en el estado social*, publicado en 1793, era muy moderado (1). No se olvide que con el decreto del 10 de marzo de 1793 suspendido sobre sus cabezas, los revolucionarios avanzados no osaban publicar todo lo que pensaban.

También los comunistas tuvieron sus teóricos, como Boissel, que publicó su *catecismo del género humano* al principio de la Revo-



RABAUD - SAINT - ETIENNE

lución, y una segunda edición de esa obra en 1791; el autor anónimo de una obra publicada también en 1791, titulada *De la propiedad, o la causa del pobre defendida ante el tribunal de la Razón, de la Justicia y de la Verdad*; y Pedro Dolivier, cura de Mauchamp, cuya obra notable *Ensayo sobre la justicia primitiva, para servir de principio generador*

(1) En esa declaración se limitaba a pedir que el derecho de posesión de la tierra fuera limitado; que la desproporción enorme de las fortunas se rompiera por «medios justos», a fin de que los indigentes pudieran preservarse de la opresión de los ricos, y que «los bienes amasados a expensas de la fortuna pública por el robo, el agio y el monopolio pasen a ser propiedades nacionales en cuanto la sociedad adquiriera por hechos constantes la prueba de que constituyen exacciones indebidas». Folletos del British Museum. F. 499 (50). En otro folleto *Votos formados por franceses libres*, pedía también leyes severas contra los monopolizadores. (La misma colección, F. 65 (2).)

al único orden social que puede asegurar al hombre todos sus derechos y todos sus medios de felicidad, fué publicada en fin de julio de 1793 por los ciudadanos del Municipio de Auvers, distrito de Etampes (1). Hubo también L'Ange o Lange, que fué, como observa Michelet, un verdadero precursor de Fourier. Por último Babeuf, empleado en las subsistencias, bajo la protección de Sylvain Marechal, hacía allí en secreto propaganda comunista. Obligado a ocultarse, por hallarse perseguido por un supuesto crimen de falsificación, como lo ha demostrado G. Deville, que ha hallado las piezas del proceso (2), se mantenía en reserva prudente (3).

Después se ha relacionado el comunismo a la conspiración de Babeuf; pero éste, a juzgar por sus escritos, sólo fué el oportunista del comunismo de 1793. Sus concepciones, como los medios de acción que proponía, empuqueñecían la idea. En aquella época se comprendía que un movimiento hacia el comunismo sería el único medio de asegurar las conquistas de la democracia, y Babeuf trataba, como muy bien dice uno de sus apologistas modernos, de *deslizar* el comunismo en la democracia. Cuando se había evidenciado que la democracia perdería sus conquistas si el pueblo no entraba en liza, Babeuf

(1) En su *Discurso sobre los medios de salvar Francia y la libertad*, pronunciado cuando las elecciones para la Convención (este folleto se halla en la Biblioteca Nacional), Jacques Roux sostenía que una dictadura prolongada era el fin de la libertad, y pedía que se obligara a «los grandes propietarios a no vender la cosecha más que en los mercados que se les indicara en sus distritos respectivos: establecido, decía, en todas las ciudades y poblaciones considerables almacenes públicos en que los precios de las mercancías sean por concurso» (págs. 42 y 44). Michelet, que mencionaba ya ese *Discurso*, añade que esa doctrina de Roux era muy popular en los Gravilliers, en los Arcis y otras secciones del centro de París. (Lib. XV, c. vi.)

(2) *Thermidor et Directoire*, 1794-1799. (*Histoire socialiste*, t. V, p. 14 y siguientes.)

(3) En su *Catecismo* exponía ya Boissel las ideas que adquirieron curso entre los socialistas al acercarse 1848. A la pregunta: «¿Cuáles son las principales instituciones de este orden mercenario, homicida y antisocial?» responde: «las propiedades, los matrimonios y las religiones, que los hombres han inventado, establecido y consagrado para legitimar sus usurpaciones, sus violencias y sus imposturas». Especificando los objetos sobre los que los hombres han extendido sus derechos de propiedad, dice: «Son aquellos de que han creído deber apoderarse o hacer creer que se habían apoderado, como las tierras, las mujeres, los mismos hombres, el mar, los ríos, las fuentes, el cielo, los infiernos, los dioses mismos, de que siempre han hecho y hacen un tráfico». La misma dureza tiene para las leyes, que son: «las obligaciones que los más fuertes, los más malos y los más astutos han impuesto a los más débiles para sostener sus desastrosas instituciones» o para impedir en lo posible sus funestos inconvenientes». Sus definiciones de la autoridad y de la justicia podrían ser aceptadas por los anarquistas modernos. Véase *Le Catechisme du genre humain, pour l'établissement essentiel et indispensable du véritable ordre moral et de l'éducation sociale des hommes*. — París, 1789. 132 páginas. Folletos du British Museum, F. 513 (3).

quería la *democracia primeramente*, para introducir poco a poco en ella el comunismo (1). En general, era tan estrecha y facticia su con-



BOISSY - D'ANGLAS

(Retrato por Luis David)

cepción del comunismo, que creía llegar a él por la acción de algunos individuos que se apoderaran del gobierno por medio de una sociedad

(1) Por ejemplo, el pueblo, en posesión de una constitución democrática, rechazaría con su veto todas las leyes, hasta que la subsistencia de todos los ciudadanos quedase asegurada por la ley.

secreta; llegaba hasta poner su fe en *un* individuo que tuviera la firme voluntad de *introducir el comunismo y de salvar el mundo*. Ilusión funesta que continuó sostenida por ciertos socialistas durante el siglo XIX, y nos dió el cesarismo, la fe en Napoleón o en Disraeli, la fe en un salvador, que persiste hasta nuestros días.

